

La invención de Juan Bautista Villaseca



Juan Bautista Villaseca,
Este México triste,
Taller Ditoria, 2011.

*Pero qué voy a hacer.
Me arrepiento de verme otra vez.
De estar sentado siempre caminando.
de no hacer nada sino la palabra.*

JBV

La invención de Morel, en la novela de Bioy Casares, consistía en una máquina de la inmortalidad. Juan de Mairena, según Antonio Machado, fue “poeta, filósofo, retórico e inventor de una máquina para cantar”; es decir, la inmortalidad del canto. De algún modo, si se piensa dos veces, todas las invenciones buscan la inmortalidad. La invención de Juan Bautista Villaseca es un puñado de versos que lo han hecho ganarse un lugar en la poesía mexicana.

Poeta conocido por muy pocos, tanto que podría incluso ser una invención. No lo es, por supuesto, pero la

sola idea nos hace pensar en lo que falta por conocerlo: un poeta no sólo se descubre, también se inventa. Edmundo O’Gorman muestra en su texto *La invención de América* que no basta con descubrir un hecho —América, por ejemplo—, para existir necesita inventarse; es decir, crearse un discurso, una historia. En esta lógica, los lectores de Juan Bautista Villaseca, no debemos sino contar su poesía y, de algún modo, inventarla, y de otro, inmortalizarla, sin el peso específico de esta última palabra.

Hugo Gutiérrez Vega cuenta en alguno de sus poemas que trabajar como diplomático enseña a valorar la desposesión, tener lo mínimo de bienes y de equipaje para en cualquier momento emprender el viaje. Juan Bautista Villaseca siguió esta misma enseñanza; vivió y escribió desde la desposesión, pero ésta no fue absoluta, ninguna lo es; sabía lo

que desde siempre los poetas han intuido: son unos poseídos. Villaseca hizo suyos los versos del poeta y capitán español Fernández de Andrada, muerto en México en 1648: “Una mediana vida yo posea / un estilo común y moderado / que no lo note nadie que lo vea”. Igual que el capitán, abrazó la vida modesta; también como él, escribió versos luminosos: “Mañana será lunes. / El sordo lunes de los pobres / en los que amanecemos debiéndonle hasta el martes.”

La paradoja poseído/desposeo recorre la historia de la poesía. Baudelaire y Pessoa la encarnan en los últimos dos siglos. Ambos habían decidido la “mediana vida”, y sin embargo, estuvieron a la altura de su tiempo; su voz se alza como el testimonio más verdadero de su época. Acaso en lo más profundo de ellos mismos sabían que tenían la voz cantante, que eran actores principales



en el teatro del mundo: príncipes y mendigos. Relación conflictiva que ha prevalecido en occidente; acaso el mito fundacional sea Edipo rey, Edipo mendigo. Juan Bautista Villaseca lo aclara así: “No quisiera escribir este poema. / No quisiera esta gloria de estar comprometido / siempre con las rosas”. No quisiera y sin embargo, lo quiere. Fernando Pessoa prefería las rosas a la patria; la patria como alegoría de la vida afanada en los asuntos del dinero y del poder. Ambos prefirieron la gloria de las rosas, alegoría del hombre con conciencia histórica: “Yo no tengo importancia, / esa importancia déjala a los ríos, / a la sabiduría de la libertad, / al hombre que se queja / y que se alegra y que se queja, / déjasela a los niños.”

Desde lo más doméstico, desde la vida diaria, Juan Bautista Villaseca describe el peso y la levedad del diario vivir; lo hace con imágenes sencillas y a un tiempo asombrosamente compuestas. Es un verdadero alquimista, hasta sabe cuánto una palabra necesita de otra —esa *otra* que quizá pocos entiendan es la palabra precisa—, porque él y sólo un puñado de poetas mexicanos han conocido el misterio de las relaciones, el claro y a la vez deslumbrante ámbito de las correspondencias, donde “la soledad” y “la bolsa de un saco” se necesitan para aclarar una circunstancia: “Y el llanto

de madera de esta silla cansada de mi sombra, / y llego yo otra vez a verme de espejo a espejo / con la piel encima. / Ay, soledad, / qué suerte tengo que tú me esperes / en la última bolsa de mi saco.”

En el poema “Diurno para una visita” —sobresaliente en la poesía mexicana— se resuelven las aristas que trizan la obra de Juan Bautista Villaseca: la asombrosa y sencilla combinación de las imágenes, las revelaciones del día a día, el sentido lúdico de las cosas y sobre todo, el hecho de

ser un poseído que da testimonio de lo que pasa, aunque le pese, aunque le golpee pensar: “Las diez y media. / Como todos los días, hoy me quiero buscar, / y estoy tan solo / que hasta los autobuses van vacíos. / Quiero portarme mal, / y a un millonario ilustre romperle la vajilla, / pero qué voy a hacer. / Me arrepiento de verme otra vez. / De estar sentado siempre caminando, / de no hacer nada sino la palabra. / [...] Cómo golpea pensar, / en dónde me hallaré cuando me necesite un beso. / En qué teléfono / hoy me pondré de acuerdo con la vida.”

**Miguel
Maldonado**

